

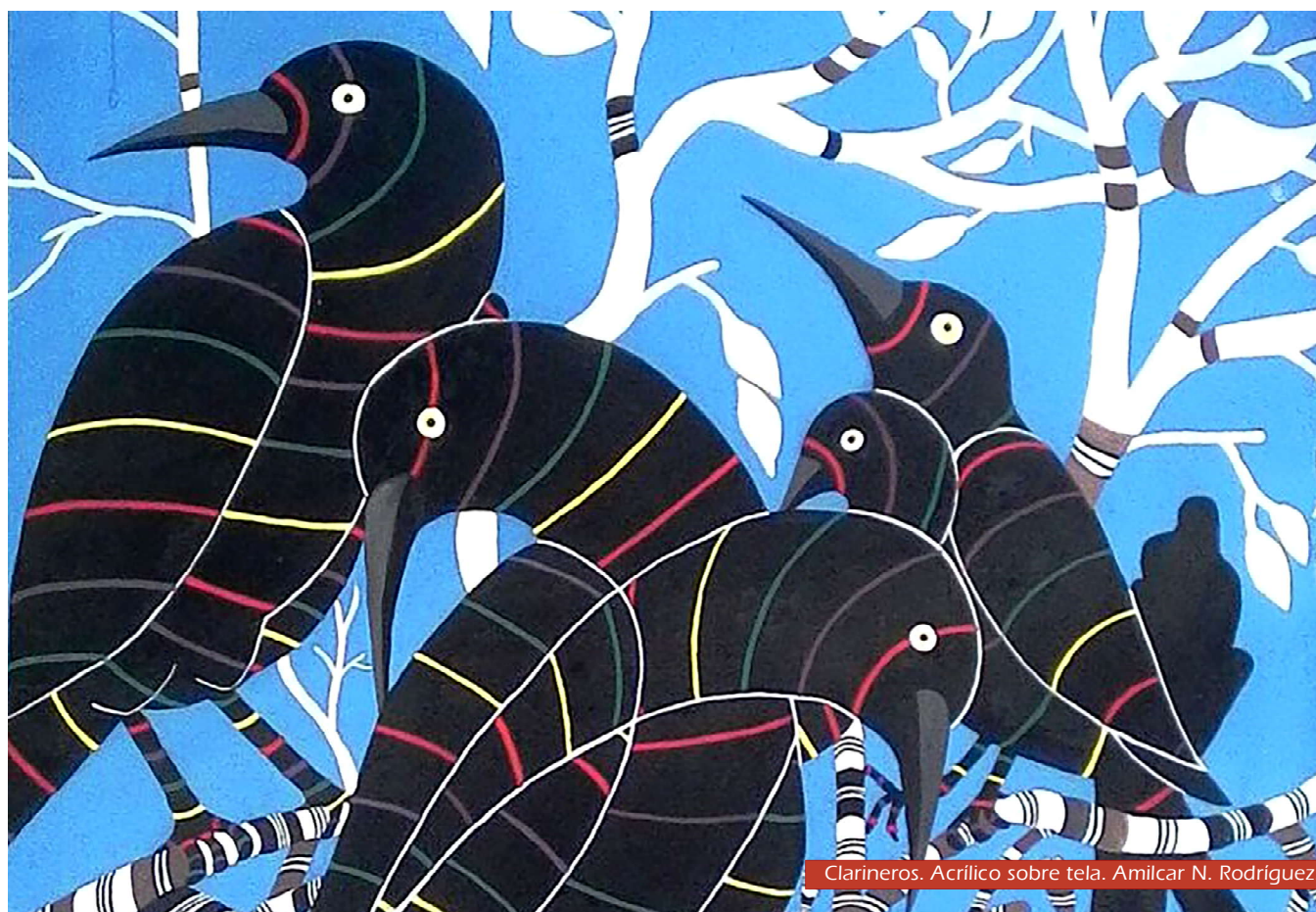
Número 1549 • Diciembre 6 de 2025

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala

Los poetas de la terraza



Clarineros. Acrílico sobre tela. Amílcar N. Rodríguez.

- 3** De animales amorfos y la transfiguración
de los rebozos • RUDY ALFONZO GÓMEZ
- 4-5** La edad de las edades • LEONARDO NIN
- 6-7** Los poetas de la terraza • JORGE GÓMEZ VALDÉZ/
DAFNE PIDEMUNT/LUCÍA DELBENE/ESMERALDA TORRES
- 8** Los retornos a la tierra • RAFAEL PAZ NARVÁEZ
- 8** Juguetes • ANTONIO CRUZ ALAS
- 9** Visión • KENNY LÓPEZ
- 10** Poesía rumana • STEFAN ALEXANDRU BAIANU



Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

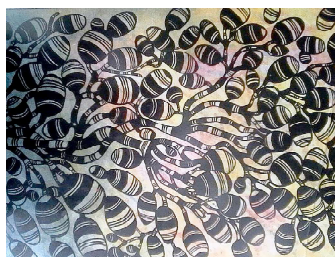
CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Colombia **Omar Ortiz**
Cuba **Verónica Alemán**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocio Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Carlos Cañas Dinarte
Isaías Mata
Alberto Pocasangre
Kike Zepeda
Marel Alfaro
Javier Fuentes Vargas
Francisco Alejandro Méndez
Luis Galdámez
Gaetano Longo
Rafael Paz Narváez

Revista TresMil no acepta
colaboraciones no solicitadas.

Publicamos textos exclusivos
de creación literaria, pensamiento
crítico y de rescate histórico
y literario, principalmente de temas
y autores centroamericanos.



PALABRAS

Siempre habrá Poesía

Los poetas de la terraza

Estuvimos en la Feria Internacional del Libro de Poesía en Caracas, Venezuela, efectuada del 20 al 23 de noviembre. Antes de subir a los aviones a todos los participantes nos llamaron y escribieron parientes, amigos y conocidos para advertirnos que desistieramos de participar, que iban a invadir el país, que quedaríamos inmersos en un baño de fuego.

No es mentira que el imperio yanki está en manos de demenciales personajes sedientos por hacerse de las riquezas de esa nación (gas, oro, diamante, hierro, bauxita, coltán y carbón, pero sobre todo, petróleo), y no dudan en promover brutales crímenes para amedrentar a quien se oponga a sus abusos. Ya se acerca al centenar la cifra de asesinatos de pescadores cometidos en alta mar. Colombia y Venezuela, pero en realidad todo el planeta, recibe amenazas de manera continua y virulenta. Pero.

Anduvimos en las calles de Caracas y lo que vivimos fue conmovedor. Gente alegre, amable, educada. Estaciones de Metro limpias y ordenadas con un costo de \$0.12 por viaje. Sin militares rondando, pese a la emergencia bélica. Ventas y ventas por todas partes, porque la vida sí está dura y hay que sobrevivir, así sea con cuatro o cinco trabajos. Pero en paz, en una armonía un tanto desconcertante porque violencia sí hubo antes, pero la gente ha sabido superarla y resistir a sanciones ingratas e inhumanas.

Luego, y en todo lugar, la cultura. Ferias de arte y ciencia, librerías, plazas iluminadas y seguras, museos, belleza y de nuevo más alegría.

Entonces lo embarga a uno la tristeza. ¿Cómo es que quieren atacar con drones, bombas y aviones a esta gente buena? ¿Por qué sembrar el caos donde reina la armonía? No les basta el infame maltrato que cometen a diario contra los inmigrantes, su maldad no conoce fronteras. Por supuesto que hay problemas, pero también hay un gobierno empeñado en resolverlos, de tal manera que ya gozan de seguridad alimentaria y planes de

apoyo social permanentes, entre muchas medidas para llevar una vida digna y decorosa.

En nuestros tristes países nos atemorizan masivamente con que Venezuela es el infierno, que no debemos parecerlos a ese diabólico país. Nuestra ignorancia es parte del problema, pero lo es más nuestra desidia y el temor a luchar por la justicia, la paz y la belleza.

De esa **Expoesía** a la que fuimos surge un nuevo espacio en el TresMil: **Los poetas de la terraza**, que estará publicando a autores de las más de 40 editoriales independientes que estuvimos en Caracas convocados por la gente de **Editorial Acirema**, y que salimos efectivamente bombardeados, pero de abrazos, júbilo y libros.

Lo de hoy

Rudy Gomez nos presenta al joven artista plástico aguacateco **Amilcar Rodríguez Vicente**, cuyas piezas plásticas cubren este número. **Leonardo Nin** nos presenta a su vez al poeta dominicano **Manuel Llibre Otero**. Inmediatamente pasamos a conocer algunos textos de los poetas sudamericanos **Jorge Gómez Valdéz**, **Dafne Pidemunt**, **Lucía Delbene** y **Esmeralda Torres**, iniciadores del espacio **Los poetas de la terraza**.

De nuevo **Rafael Paz Narváez**, con su verbo luminoso y audaz nos lanza una nueva columna sobre la prolongada lucha por la tierra, duramente usurpada. Se suman, con un cuento cada uno, dos nuevos narradores salvadoreños, nacidos ambos en 1989: **Antonio Cruz Alas** y **Kenny López**. Al final, compartimos las traducciones que **Gaetano Longo** ha realizado de varios textos del poeta rumano **Stefan Alexandru Baisanu**.

La última palabra

El 12 de octubre de 1818 escribió Simón Bolívar: «Por fortuna se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos». Sea. 🌸

Nuestro correo:

administracion@revistaculturaltresmil.org

GUATEMALA

Amilcar Neftalí Rodríguez Vicente De animales amorfos y la transfiguración de los rebozos

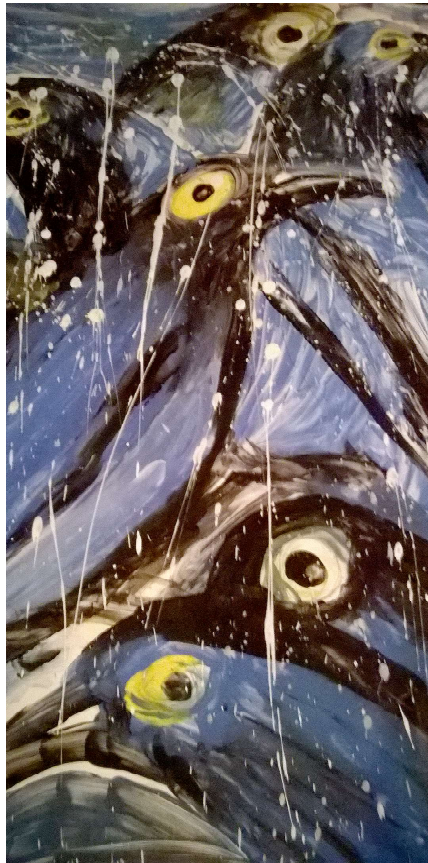
Escribe: Rudy Alfonso Gomez Rivas

Cuando se habla de artistas plásticos, inmediatamente se piensa en los grandes maestros que figuran a nivel mundial en museos, colecciones y muestras. Primero, porque marcaron tendencias, crearon movimientos artísticos de los cuales se habla todavía. Innovaron la forma de la creación visual. Cada artista que surge trae su propia voz, su estilo. Aunque es inevitable la influencia de terceros, el crear algo distinto da a sus obras cierta valía y aporta al gran imaginario de las artes plásticas.

Los artistas vienen con ese talento, que con en el tiempo encuentran detonantes que los desarrollan a niveles insospechados. En una línea de tiempo, van depurando su técnica, descubren otras formas de crear. La formación acá es sumamente importante. Con el escenario anterior se presenta Amilcar Neftalí Rodríguez Vicente, oriundo de Aguacatán, Huehuetenango, Guatemala.

Para Amilcar, la pintura ha significado un modo de expresión que va más allá de simple pinturas. Cada una de sus obras muestra rasgos y elementos enmarcados en otros movimientos como el naíf, el surrealismo y el cubismo. Como artista sabe leer cada uno de los elementos de estas vanguardias y hace una mezcla que va marcando su propio estilo: fresco, espontáneo y original.

Amilcar, desde su idiosincrasia y sus influencias, desarrolla piezas que van arraigadas a sus raíces, a la memoria de un pueblo. Toma esos elementos culturales y étnicos y los lleva al escenario de los colores y los trazos. Desconfigura su realidad inmediata y la presenta de otras formas, porque para él, esas nuevas formas de presentarla le sirven para entenderla, para expresar el caos, el dolor y las tristezas a las que han sido sometidas las culturas milenarias de estas tierras y la propia. Al observar las obras de Amilcar, uno se puede reconocer,



Clarineros bajo la lluvia. Acrílico sobre papel. Detalle. Amilcar N. Rodríguez.

porque hablan del amor, de la ausencia, de la pérdida que sólo los gritos transfigurados en el color y la luz pueden mostrar y al mismo tiempo ser los alicientes para sanar esas heridas que la historia no cuenta o que ha creado.

Amilcar transfigura la realidad a otros derroteros y hace sobresalir elementos culturales como jícaras, monos, ranas, tacuazines y pájaros, sobre todo estos últimos. Figuras amorfas que se entremezclan con la realidad natural y un elemento cultural muy arraigado a las mujeres awakatekas, el rebozo antiguo. Esa fusión de elementos reafirma, por parte del artista, su deseo de pertenencia, de rescate del pasado, de preservar la memoria y cuidar lo que la naturaleza nos da para la preservación humana.

Amilcar afirma sus inquietudes y sus múltiples necesidades de humano y de un pueblo al que se debe, en obras que se salen de lo convencional y desde esa posibilidad el artista reflexiona, cuestiona y nos muestra mundos diferentes, mágicos y llenos de ternura, donde todo es posible.

Aguacatán, Huehuetenango, Guatemala
18 de octubre de 2025



AMILCAR NEFTALÍ RODRÍGUEZ VICENTE

[28 de agosto 1982 Aguacatán, Huehuetenango].

Artista visual, abogado y notario. Dos años de estudio en Bachillerato en Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, *Rafael Rodríguez Padilla*, Ciudad de Guatemala (2001-2002). Cuenta con diversos premios y distinciones, entre ellos el otorgado por la Asociación Artes Visuales y la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Ha expuesto en el Museo Nacional de Arte Moderno «Carlos Mérida» y en Suiza. Reconocimiento honorífico Concurso de Pintura «Biodiversidad: Patrimonio de la Humanidad».

DOMINICANA

Manuel Llibre Otero

La edad de las edades

Escribe: Leonardo Nin

Las Edades de La Furia de Manuel Llibre Otero, de *Artesia Editores*, es un cataclismo al viaje interior del humanismo puro y labrado en la observación de la vivencia a través del paso del tiempo. Compuesto por seis edades que se reflejan como espejos de existencia reflectiva, introspectiva, cargadas de nostalgia-, y hasta cierto punto, de una amargura sutil, como canto de celo en una playa sola y a la misma vez, llena de voces pasadas, presentes, futuras, todas, cantando al unísono de la partitura poética del virtuoso.

Machado una vez cantó un “*todo pasa y todo queda*” con la intención de prometernos lo transitorio, lo frugal y furtivo de la permanencia de “*nuestro pasar*” en el tiempo, en esta odisea navegante de la arena de reloj. Llibre Otero, en su primera edad nos introduce al mismo concepto onírico y perceptivo, abriendo la Primera Edad del libro con la **Aparición del relámpago**. Aquí, el poeta evoca al nacimiento, al zarpazo, a lo sensorial de la formación del pensamiento donde “nada será revelado”

*Aprendemos
interrogando lo íntimo
del crujir del agua
entrando en el fuego.*

*Aprendemos
vibrando al unísono
con el temblor de un bosque
cuando apenas
una sola hoja se quiebra.*

Con estas palabras nace el ser sensorial, la esponja existencial y furtiva de lo perceptivo para forjar el pensamiento, la identidad de lo amargo, lo cruel de la realidad estrellándose en los ojos de la impotencia, convirtiéndose en vivencia. Sin embargo, como lo dice más adelante, “*el relámpago es anárquico*”, libre, impredecible. La creación de la

luz, el destierro del huerto de la inocencia para entrar a la “**Segunda edad**” sin aun “haber inventado la palabra”.

Cabe resaltar que, en esta faceta, en este canto a manera de diario alucinado, el poeta, revela a manera de doble voz, un diálogo interior con lo pragmático de lo vivido y lo incierto y efímero de la memoria cuya tendencia es agregarles bondades a las cosas.

*Apenas alcanza la excusa
de una vida bien vivida,
las dotes de la experiencia fugitiva,
para sublimarnos
entre la neblina y el cielo,
buscando un poco de poesía efímera
en todo lo aprendido
y encontramos refugio
en la sabiduría transitoria.*

Ezra Pound una vez dijo que, “la imagen era una trama inventada entre la memoria y la aproximación del deseo de inventarla y convertirla en verdad. Es por eso, por lo que la descripción, la nostalgia, la elaboración de la narrativa poética de esta era existencial en el texto apela a esa percepción imaginalista Poundiana. Donde la sabiduría es transitoria, cambiante, evolutiva, lúcida e impredecible como relámpago, como anarquía, como un Bukowski o un Wilde caribeño sonriendo culpable y rebelde al patrón somático de Whitman. Sin embargo, uno de los textos que más se acerca a esta aserción es el diseminado, y digo diseminado, porque cada estanza, cada verso de las edades de este tiempo es una búsqueda al descubrimiento, una invitación al encuentro con un ser que, parece habitar la nostalgia para inventar necedades y metáforas, es el poema donde el poeta evoca:

*En oscuras cajas
combaten mis viejas supersticiones
y una canción marchita
ilumina la mitad de la sonrisa.*



Identidad. Óleo sobre lienzo. Amílcar N. Rodríguez.

*La ciudad es ahora
la metáfora de los cuerpos,
una roca gigante
pariendo destino en medio del agua.*

El personaje poético, solo, siempre solo, introspectivo, analítico, inconforme con el camino, busca fantasmas, sombras de esquina y silencio que solo remanecen en una ciudad, como en la obra Kereuac, “llena de cuerpos y vivencias de testimonios idos en el destiempo del secreto, de la huida, de la otra realidad anclada solo en los: “¿que si hubiera sido?”.

Podría escribir tanto de esta obra, de estas edades, que, aunque no estrictamente cíclicas apelan a dos, tres, cua-

tro, cinco, seis seres distintos, pero a la misma vez unidos en la desdicha de vivir bajo una misma piel, un mismo ojo, una misma vida, pero en distintos tiempos. Y si, pudiera decir que “los perros acostados al sol, no conocen al sol, que nunca es tarde para tener la edad de la muerte, que los vacíos asidos de tristeza llevan tatuada la piel oscura de la sombra del despojo, que se podría ser eterno para mirar sin tiempo, pero que todo muere, que todo es laberinto, que la felicidad es imperfecta, que la memoria desconfiable cuando se mira en el reflejo.

Es tanto y tan profundo que, faltaría este ensayo y otro, para desmenuzar sin límite de tiempo y a tres caídas y a dos levantadas, lo profundo de estas edades

rancias, memoriales, desgastadas y llenas de cinismo agrio a la vida, al tiempo, a la realidad injusta que toca vivir a fuerza y sazón del despojo impuesto por la oquedad de las paredes y los cielos, ramos y azules cubriendo la cabeza del que huye, de lo vasto sin otro refugio que lo interno.

Antes de la última edad al poeta le alegra esperar el rumor de la muerte, la antesala de una eternidad imaginada en lo abandonado al despojo e irse, a una Casa Provocada en la sexta edad, como sepulcro, como despedida, como voz entre ecos de paredes y ventanas a las que invito a leer, a degustar, a saborear entre los confines de edades y tiempos de este libro.



El alma de las cosas

Cómo pedirle a un ave
que reconozca la maravilla en su vuelo.

Cómo mostrarle a la flor
la seducción que se oculta en su embriagador perfume.

Cómo enseñarle a una piedra
el calor del hogar que construye.

Si el ave vuela porque no
conoce otra maravilla que la del trino.

Si la flor seduce porque olvida que sólo
puede amarse a sí misma.

Si la piedra construye porque ignora aún
su propia suerte.

Y yo que no
soy ni ave ni piedra ni flor.

Y yo que no
tengo ni vuelo ni aroma ni suelo que dar.

Y yo que no puedo ser más que un ladrón del
alma de las cosas.



—Manuel Llibre Otero

Puerto Plata, Dominicana, 1966. Narrador, poeta y ensayista. Obtuvo el primer lugar de poesía en el concurso de la Alianza Cibaëña, y ha sido premiado en los concursos de cuento de Casa de Teatro. Es uno de los más acabados escritores jóvenes de la República Dominicana. Tiene publicado un libro de cuentos, “Serie de Senos”.

Manuel Llibre Otero



ECUADOR | URUGUAY | ARGENTINA | VENEZUELA



—Los poetas de la terraza—

—Jorge Gómez Valdéz—
Baladas fúnebres

CARGAMOS CON LOS HUESOS FLOJOS

y el pecho vacío,
como si se nos desbocara
la garganta ardida
entre las piernas.

Nos arrastramos tras los despojos
de un cuenco roto.

Nos buscamos
debajo de los escombros.

Hemos olvidado quiénes fuimos,
entre espejos desmenuzados.
Podríamos seguir así,
para siempre: a rastras,
mirándonos los dedos,
bañados en sangre.

EN EL FUNERAL MÁS TRISTE,
contemplarás tu cuerpo sereno.
Estará recostado y se mecerá
levemente, casi con dulzura,
ante cualquier traqueteo.

«Arrastrarse no es perdurar,
respirar no es estar vivo»
—gritarás a voz de cuello—,
pero ya nadie podrá oírte.

En el funeral más triste
del que aún te quede el recuerdo,
estarás de pie; invisible,
andando, murmurando, mirando
por los ventanales del mundo
y no podrás olvidar
ninguno de tus sueños,
y no sentirás ningún deseo
de seguir siendo solo humano.

En el funeral más triste,
«tiene su encanto», —te dirás—,
«dejarse llevar por la corriente».



Jorge Gómez Valdéz

—Dafne Pidemunt—

Dejaste otra
esta
nuestra vida
en un cajón
junto a las fotos
unos libros
la campera de invierno...

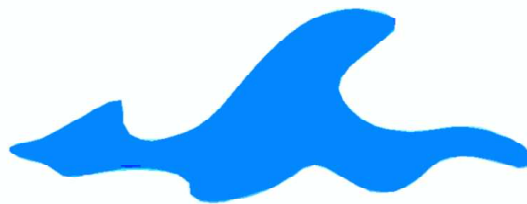
Y quisiera saber
cuántas vidas
ya has dejado
tiradas por ahí
cuántas maletas
hiciste y deshiciste
lejos los recuerdos
y el olvido en el bolsillo
ese
de guardar lo importante
dentro de tu mochila
de viaje preferida

A cuántas personas
preferiste no amar
cuántos cuerpos
no te permitiste acariciar
de cuántos ríos
se te borró el curso
cuántos hombres elegiste olvidar
cuántas mujeres no besaste por
miedo

El día que me dejaste sola
¿sabés?
yo también olvidé a algunas
mujeres
no me animé a besar a ciertos
hombres.

Y esa seguridad
la tuya o mía
nuestro escudo
el arma que empuñamos
cuando reíamos
se cayó
de mis manos
y tu boca
se dejó abrigar
por una lanza.

mientras vos saludabas
desde la ventanilla
lloré
porque entiendo del fin
sé de memoria
los pasos de la muerte
mientras vos saludabas
ya estaba
sumergida
en otro mar.



Dafne Pidemunt

—Jorge Andrés Gómez Valdéz

Ecuador. Poeta y editor. Licenciado en Comunicación y Literatura, Máster en Escritura Creativa y doctorando en Educación. Ganador del Premio de Poesía Nacional "Paralelo Cero" (2017) y del X Concurso de Grabado de la Estampería Quiteña. Ha publicado "La Noche que se Espesa" y "Tonta muerte, mi compañera de juegos" (2023).

—Dafne Pidemunt

Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1977. Reside en la Patagonia. Es poeta, editora y gestora cultural. Co dirige la editorial "La mariposa y la iguana" junto a Leticia Hernando. Tiene publicado "El juego de las estatuas" "La avidez del silencio" "León no es más que un nombre" "Aire (en tres tiempos)".

—Lucía Delbene—

#tecnología de la esfera ardiente

Venimos en caída de nuestro hogar radioactivo:
la esfera ardiente y habremos de abrazar el día
de este pozo lumínico el aire tornasolado vibra
con el fuego de la vida de los seres en los reinos
trenza única entre la emisión y la quemadura
tendida en el espacio como el cordón de la niña.
Porque llegamos sacando chispas con los tacones
y nuestros pasos crean el fuego y destruyen veredas
doramos las mieses maduras que incendian los otoños
fundiendo el metal de los reyes corruptos en el puerto
volcamos los panales para que mueran los vampiros
ahitos de sangre humana en los mapas de las ciudades.
Así es la lengua de la llama que nos recuerda
y así las cenizas cubrirán de hollín a la noche
que se nutre de nuestros papeles.

#tecnologías del hogar

En el centro de la casa crece una hoguera, se alimenta
de las costumbres, donde muere la leña del quehacer
tu cuerpo huele a pino y a jugo de toros jóvenes
la quema nos trae el rojo sombrío de los pueblos.

—También fueron sangrientos— preguntó.

Muchas decapitaciones se cumplieron en la cocina y
en los patibulos
primero estuvo el fuego, luego la ley y por último la
costumbre.

—Las llamas tienen el color de nuestros corazones

—dudaba él.

así como la andrógina montaña engendra al
rubí en su seno.

En todas las casas se baila con una fogata en el
centro

nos dicta el relato diciendo desde el principio
ofrendamos nuestros papeles como leyendas
absurdas

para quemar los pasados el futuro se enciende.
seguiremos danzando alrededor de la lengua
bajo las hachas de luz seremos otra vez sombra
la historia es el contraste iluminado en este
día.

—La música te quema— negaron.

—Lucía Delbene Azanza

Montevideo, Uruguay, 1975. Escritora, docente, investigadora literaria y editora de "La Coqueta de Poesía". En poesía ha publicado "Garza en garza" (2009); "Taurolabia", (2012); "La tela maga" (Buenos Aires, 2018); "Poemas romanos" (Montevideo, 2019), "Interregno". Integra diferentes antologías y reuniones de poesía.

—Esmeralda Torres—

La desesperación de los relojes

Madre, afuera ya no se ven los pájaros
me he asomado y el cielo está limpio de vuelo.
El malabar se secó y el pan es agrio, como de esponja.
Los huesos de la casa crujen cuando los golpea el

Siroco

solo persisten la frágil transparencia y las blancas
paredes del olvido.

Pero yo he venido a buscarte.

¿Te acuerdas cuando por las tardes nos
mandabas recoger

la piel de los lagartos y la culebra blanca?

Hay en el farallón una hoguera que solo
alumbraba el frío

y ahora ya nada es nuestro.

Junto a tu memoria se detuvo también la
desesperación de los relojes.

La quebrada no moja las piedras altas del
cauce

la tierra se abrió y se tragó lo que sobre
ella habías mandado amontonar.

Todavía, cuando quiero decir la palabra
noche

me brota un lirio.

Cuando el sol no se oculta

me tajo los brazos con el filo de la palabra
miedo.

Por eso he venido a refugiarme en el
cuarto de los trebejos

donde prohibías entrar para dejarme tan
bellamente sola y sin perdón.

—Esmeralda Torres

Ciudad Bolívar, Venezuela, 1967. Poeta, narradora, tallerista de creación literaria y promotora de lectura. Licenciada en Castellano y Literatura. Entre sus libros destacan "Mudar la casa" (Premio Internacional de Poesía, Mérida, Yucatán, México, 2024) y "Cuerpo quebrado lumbre", (Premio Casa de las Américas, Cuba, 2025)

Lucía Delbene

Esmeralda Torres

—Inocencia, sintaxis y olvido—

Los retornos a la tierra

Escribe: Rafael Paz Narváez

La tierra guarda su propia raíz. Desde antes que llegaran los mapas, las comunidades ya sabían del maíz, nacieron mucho antes de que los paisajes se incendiaran.

Los terratenientes y sus guardias llegaron después. Trajeron una cruz y la sospecha contra la tierra que se siembra con las propias manos y se cosecha para las familias. Después, llamaron subversión a comprender los evangelios desde la sed de justicia. Hicieron enemigos a quienes buscaron un surco para engañar al hambre, y con torpeza impusieron leyes, listas negras, acechos y fusil. Y ni así pudieron contener la vida. Entonces la persiguieron arrasando el paisaje. Las familias aprendieron a dormir con un oído sobre la tierra para escuchar la llegada del miedo. Se alejaban entre montes, sin olvidar su memoria. El ejército las persiguió, las masacró, pero no alcanzó su obstinado amor a la vida. Nuestro paisaje, terco, no las dejó morir.

Cruzaron el Lempa cargando ancianas, cruzaron la frontera y llegaron al otro lado del espejo. Hicieron refugio en Colomoncagua, en Mesa Grande, en San Antonio. Inventaron de nuevo la vida, aprendieron de comités, de guarderías, de mujeres que tejían futuro, de jóvenes que alfabetizaban una resistencia. Aprendieron que sobrevivir es el primer verbo de los pueblos que regresan.

Volvieron en caravana, con la frente alta, con los nombres de sus muertos bordados en el pecho, con una decisión que ningún aparato de terratenientes y fusiles ha sabido comprender: Siempre se puede reconstruir desde cero el mismo país que intentó borrarlos. Así nacieron Guarjila, Santa Marta, Ciudad Romero, Nueva Esperanza, Segundo Montes, Nuevo Gualcho, San José Las Flores, Huisisilapa, El Barío, El Guajoyo y todas las comunidades que alzaron estrellas en el cielo de verano. No nacieron: se sembraron. Y cada casa, cada escuela, cada cooperativa fue una declaración política escrita en tierra y memoria. Aprendieron que la historia se vive con el cuerpo que se levanta después del golpe y que las memorias que caminan con los pies descalzos jamás retroceden.

Renació otro país, el de sobrevivientes, de mujeres que enseñan a no doblarse, de jóvenes que heredan la esperanza como quien hereda una semilla, de comunidades que saben escribir el futuro desde los nombres de quienes cayeron. Ya cruzaron el Sumpul, el Lempa, el Torola. Regresaron. Caminaron descalzas hacia Honduras para salvar a sus hijos y regresaron en una apuesta por la vida. Ahora que el país respira con miedo, las comunidades respiran con memoria. Y la memoria, cuando se pronuncia sin temblar, es rebelión.

EL SALVADOR

Juguete

Antonio Cruz Alas

La reunión duró menos de lo esperado. El doctor B. se despidió fraternalmente de sus invitados. Se sentía satisfecho. Los empleados acompañaron a los invitados a la puerta; él se quedó en la oficina, se sirvió otra copa de vino. Mientras su sirvienta le llenaba la copa, él decía, como hablando para sí:

—Estos son otros tiempos, pero Alá no ha dicho qué clase de tiempos son.

Preguntó por su hijo. La doméstica le dijo que estaba en su dormitorio. El doctor B. subió. Encontró al niño jugando con soldaditos en el balcón. Tenía a los paracaidistas listos para lanzarse, a los francotiradores apostados en las esquinas, a los rasos de frente y a los de mayor rango ordenando las tropas. Todos apuntaban al revoltijo de casitas que se veían al fondo, apiladas a un lado del volcán y bajo un cielo teñido de violeta. El doctor B. cogió uno de los muñequitos condecorados.

—¿Este es el comandante? —le preguntó a su hijo.

—No —dijo el niño con la gravedad de un hombre ofendido—. Es el general.

—Entonces, ¿no son guerrilleros?

—Ellos pierden, son mejores los soldados.

—¿Mejores para quién? —preguntó el doctor B., pero su hijo lo ignoró y siguió ordenando al pelotón.

Lo contempló unos minutos, mientras el niño hacía sonidos de explosiones y disparos con la boca y derribaba a los que habían sido alcanzados por el enemigo. Uno de los empleados se asomó por la puerta que había quedado abierta, le avisó al doctor B. que uno de los invitados quería hablar a solas con él. El doctor B. se dirigió a la puerta, pero su hijo lo detuvo en el vano.

—¿Cuándo podré tener los otros juguetes? —le preguntó.

—¿Querés más soldaditos? —inquirió el hombre—. Tenés muchos.

—Me refiero a aquellos —dijo el niño señalando al revoltijo de casitas cuyas ventanas comenzaban a iluminarse.

El doctor B. frunció el ceño. Abrió la boca para decirle algo al niño, pero el empleado lo interrumpió. El invitado lo llamaba, se trataba de algo delicado. El doctor B. miró por última vez al pelotón que apuntaba a la ciudad y salió del dormitorio.



—Antonio Cruz Alas
(San Salvador, El Salvador,
1989). Licenciado en Letras.
Autor de "Cadejos y jazmines".

EL SALVADOR

Visión

Kenny López

Los ruidos anunciaban una presencia o un animal arrastrándose desde el centro del techo, trueno tras trueno en las tejas, golpe tras golpe el ruido era cada vez más fuerte. Aquellas noches crujidos resonaron en el eco de la casa; se escucharon sillas moverse, platos caer al suelo, y vidrios romperse en mil pedazos, los sonidos estridentes y sin armonía, fracturaron la calma de esas noches de verano.

El ruido y el bullicio parecían tomar formas de objetos y personas, parecían tan reales, que si se detenía por un segundo a analizarlos, fácilmente parecía que había alguien más acompañándole, pero al volver la vista atrás o a cualquier lado, solamente él se encontraba.

Su cuerpo ya no era él mismo, había cambiado, y cada parte le despertaba una sensación extraña e inexplicable, las uñas se le habían oscurecido, y las fuerza de sus

manos poco a poco se iban agotando, apenas podía cobijarse y sentir el calor entre las sábanas. El

cabello había comenzado a desprenderse de su cabeza y su vista nublada apenas divisaba un haz de luz entre las ventanas.

Recuerda la costumbre de verse al espejo, pero últimamente, cuando intenta verse, éste se aleja cada vez más, hasta que no logra alcanzarlo. Tan lejos se fue su reflejo que ya no recuerda cómo luce.

Había perdido el apetito y no tenía ganas de comerse el mundo.

Solo quería descansar un poco más, pero el bullicio le despertó repentinamente. No recuerda cuándo comenzó a incomodarse, solo siente esa rara sensación de desorientarse; y un vago pensamiento le da vueltas en su cabeza. Intenta tapar sus oídos, pero el ruido le atraviesa todas las barreras. Está agotado, quiere descansar sin ninguna bulla. Solo quiere descansar, pero descansar de verdad para buscar un verdadero descanso.

Así habrían transcurrido nueve días, despertar entre sacudidas de la cama o despertar entre silencios y ruidos prolongados. Despertar de golpe y asustado con la sensación de que hay algo o alguien y sentir el corazón acelerado sin encontrar a nadie más que a él mismo entre el caos.

Se le hacía difícil comprender lo que estaba pasando, y a veces no entendía si era de día o de noche; la casa estaba vacía, los muebles estacionados en los espacios, las cortinas

colgadas y armonizadas, las puertas de los cuartos entreabiertas, y los retratos colgando de un clavo le recordaba la familiaridad de estar en casa. Siempre los contemplaba sin saber realmente dónde estaba. Solo quería que el ruido finalmente se callara.

Las penumbras parecían vestir el corazón. Apenas recuerda la vida misma, el último abrazo, la última sonrisa, y el último paseo por el jardín, apenas logra encontrar sus recuerdos en su memoria. A veces la mirada perdida se vuelve una mueca en incontables delirios, su cuerpo se contrae muchas veces, siente escalofríos, y sus entrañas

tiemblan, podrá ser el frío, la soledad o la oscuridad, no sabe exactamente qué ha sido, pero ha comenzado a sentirse más muerto que de costumbre.

Pasó días intentando descifrar los ruidos, escuchando voces, llantos y murmullos; a veces fuertes y a veces suaves. A veces gritos, risas o carcajadas. A veces pasos acelerados que corren de un lado a otro persiguiendo algo. Escuchaba las voces susurrándole al oído sin entender ni una sola palabra. Quiso comprender lo que las voces le decían, pero las palabras inconclusas se desvanecían.

Hoy parece ser la última noche, intranquila, y más ruidosa; en la oscuridad, no descubrió su cuerpo, solo sentía que flotaba. Y a medida que las voces se hacían más fuertes, sentía como ascendía lentamente.

Buscó sus manos en la oscuridad,

pero no pudo encontrarlas, intentó mover sus pies, pero todo era en vano. Solo un vértigo le apuñalaba las entrañas.

En una realidad paralela, esa que el espejo no le ha dejado ver, Marta reza y reza con la familia y los conocidos. El pan, los tamales y el chocolate están listos sobre la mesa. Los recuerdos sobre una canasta decorada dejaban entrever un nombre y un texto que decía: “en memoria de Emiliano Fernandez Cruz”.

Era su novenario. Pero no lo supo hasta ese día. El ruido que tanto le había estado atormentando, era el esplendor de la vida subsistiendo.



—Kenny Beatriz López Cruz

Chalchuapa, Santa Ana, El Salvador, 5 de septiembre de 1989. Licenciada en Ciencias del Lenguaje y Literatura.



Paisaje nocturno con estrellas. Óleo y acrílico sobre lienzo. Amílcar N. Rodríguez.

RUMANIA

Poesía Rumana

Stefan Alexandru Baisanu

Traduce: Gaetano Longo

¡Quiero más!

Ya no soy joven: ayer di el salto mortal.
 Ya no tengo miedo ni me importa.
 El final está más cerca que el principio, me digo a mí mismo.
 No tengo adonde huir, a donde volver,
 donde quedarme,
 donde ir,
 esperar
 donde no estoy,
 ¡esperar lo que no es!
 Y entonces me digo:
 has hecho lo imposible, has estropeado lo que no se podía
 estropear,
 has reparado lo que estaba roto y no se podía arreglar.
 Tienes todo y no tienes nada.
 ¿Y qué me queda por hacer?
 Ya no soy joven, pero tampoco viejo, me digo a mí mismo.
 Quiero hacer lo que no he hecho y lo haré,
 que el borracho me derrame su amor por el cuello, y quiero
 otra vez
 y volver a empezar
 otra vez
 y otra más.

Estado

Me han crecido las alas
 tanto y con mucha fuerza
 y me entran en los ojos y en los oídos
 y ya no te veo
 y ya no te oigo
 y durante unas dos semanas vuelo a ciegas
 y me muero de sed
 y me muero de hambre
 de ti.

Es fácil y duro

Qué fácil es aprender el dolor.
 Qué fácil es aprender a olvidar
 y qué fácil es tu muerte,
 querida mía.
 Qué fácil es sin ti
 ahora que me resulta difícil
 y ni siquiera yo
 puedo encontrar una mentira
 más grande.

El amor
como un pájaro

A veces el amor es solo un pájaro
 que nace, vuela y muere.
 Y si no es así,
 para morir basta haber vivido
 aunque sea solo un segundo.
 Así es el amor, un pájaro.



Fotografía cortesía de Gaetano Longo

—Stefan Alexandru Baisanu

Nació en Rumania el 3 de enero de 1968. Licenciado en filosofía y profesor de la Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava. Desde 2012 es diputado del parlamento rumano. Ha publicado una decena de volúmenes de filosofía y los poemarios *El libro de los cambios: yo, tú y los demás* (2003) y *No me dejes* (2020).